

La migración internacional y el «nuevo» orden global. La experiencia latinoamericana y caribeña

Luis Eduardo Guarnizo

Universidad de California, Davis

leguarnizo@ucdavis.edu

Resumen.

El presente artículo presenta una visión sucinta de las tendencias y prospectos históricos de este movimiento migratorio y analizar algunas de sus consecuencias para las sociedades involucradas; en segundo lugar, avanzar en el esclarecimiento de las implicaciones teóricas y prácticas de este proceso.

Mi interés en este trabajo es sondear esta última dimensión en el caso de la migración de América Latina y el Caribe hispanoparlante, principalmente hacia EEUU y secundariamente hacia Europa.

Palabras claves: Movimiento migratorio, la migración de América Latina y el Caribe, el discurso multiculturalista liberal.

Abstract.

This article presents a brief overview of historical trends and prospects of this migratory movement and discusses some of its implications for the companies involved; second, progress in clarifying the theoretical and practical implications of this process.

My interest in this work is to probe the latter dimension in the case of migration from Latin America and the Spanish-speaking Caribbean, primarily to the U.S. and secondarily to Europe.

Keywords: Migratory movement, migration from Latin America and the Caribbean, the liberal multiculturalists discourse.

INTRODUCCIÓN

A pesar de las revolucionarias transformaciones económicas, políticas y sociales globales ocurridas durante los últimos 100 años, el inicio del nuevo siglo tiene un marcado sentido de *dejà vu*. En efecto, la centuria del 1900 arrancó con toda suerte de augurios optimistas alimentados por la rápida y prometedora expansión mundial del capitalismo y el imperialismo «civilizador», en gran parte coadyuvada por la revolución tecnológica de los medios de producción, transporte y comunicación. A su turno, la masiva migración laboral europea hacia Estados Unidos alcanzó niveles sin precedentes. Este aumento en la movilidad laboral fue explicado por los cambios tecnológicos de entonces, en particular la introducción del buque de vapor, que redujo drásticamente el tiempo y costo del cruce trasatlántico, y el tendido del cable transoceánico que consolidó la comunicación telegráfica intercontinental.

El presente siglo arranca también en medio de similares condiciones. Esta vez, son los discursos neoliberales optimistas que presentan el capitalismo global librecambista como el único camino viable para un futuro pacífico, próspero y democrático de la humanidad. Es el fin de la historia, proclaman algunos (Fukuyama). Al igual que 100 años atrás, a la última revolución tecnológica en el transporte y las comunicaciones se le achaca ahora gran responsabilidad por la frenética movilidad global alcanzada por el capital y la renovada movilidad masiva de la fuerza laboral a través del mundo. Mi interés en este corto ensayo es sondear esta última dimensión en el caso de la migración de América Latina y el Caribe hispanoparlante, principalmente hacia EEUU y secundariamente hacia Europa.

La intención es doble: primero, presentar una visión sucinta de las tendencias y prospectos históricos de este movimiento migratorio y analizar algunas de sus consecuencias para las sociedades involucradas; en segundo lugar, avanzar en el esclarecimiento de las implicaciones teóricas y prácticas de este proceso.

Del contexto y las circunstancias de la migración transnacional contemporánea.

El tema migratorio ha ganado renovada relevancia en Norteamérica y Europa desde mediados de los años 60 (Castles/Miller; Miles/Thränhardt; Portes/Rumbaut 1996, 2001), y en Asia en las dos últimas décadas (Ong; Ong/Nonini). Aunque los que viven fuera de su país de origen aún constituyen

una pequeñísima proporción de la población mundial (alrededor de 2%, según un reciente estudio de la Organización Internacional del Trabajo), los efectos de su desplazamiento son altamente significativos para las sociedades receptoras y emisoras, no solo en términos demográficos, sociales y económicos, sino también culturales y políticos. Evidentemente, la migración laboral contemporánea es un fenómeno global cuyas multidireccionalidad, composición social y origen nacional la diferencian enormemente del gran éxodo trasatlántico de finales del siglo XIX y comienzos del XX (Castles/Miller; Cohen). El pico migratorio de hace un siglo hacia EEUU fue mayoritariamente de europeos y en menor medida de mexicanos y asiáticos (más que nada chinos y japoneses). Entretanto, los movimientos en Europa fueron fundamentalmente de europeos del sur y el este que se desplazaban a los países más industrializados al noroeste del continente. En mucha menor cuantía se daba la emigración de habitantes de las colonias africanas y caribeñas hacia las metrópolis europeas. Esta migración alcanzó su apogeo durante las primeras tres décadas de la segunda posguerra con el reclutamiento de trabajadores migrantes «temporales», especialmente de Turquía y otros países del sur del continente. Esta mano de obra fue necesaria para el despegue industrial de las economías alemana, francesa y británica, destruidas durante la guerra (Anthias/Lazaridis).

Hoy día, los movimientos migratorios masivos de larga distancia a escala global provienen de centenares de regiones del mundo; están formados por grupos socioculturales altamente heterogéneos, que motivados por pluralidad de razones políticas, culturales y familiares se desplazan en múltiples direcciones. Emigran de más de un centenar de países del sur a docenas de países del norte, del este al oeste. Aunque el grueso de los migrantes internacionales se mueve dentro de las regiones más pobres y/o conflictivas del mundo (v. g., dentro de países del África subsahariana, entre los países suramericanos y centroamericanos, o en subregiones del continente asiático), por obvias razones, aquellos que se dirigen al norte son los que más han llamado la atención de estudiosos del tema, políticos y gobiernos de Europa y Norteamérica. Esta multidireccionalidad migratoria ha exacerbado la dispersión y tamaño de las llamadas diásporas históricas (v.g., judía, china, africana) y permitido el surgimiento de procesos proto-diaspóricos de comunidades de migrantes latinoamericanos y caribeños dispersas en el continente europeo, en Norteamérica y algunos lugares de Asia.

La creciente presencia en Europa y EEUU de inmigrantes autorizados y no autorizados procedentes de Latinoamérica, África y el lejano oriente, motivados por razones económicas o políticas, ha resultado en una radical transformación del contexto cultural de las sociedades receptoras. Dicha transformación es especialmente notable en áreas urbanas metropolitanas, las

cuales se han metamorfoseado en complejos centros multiétnicos y plurirraciales. Esta polifonía etnoracial cosmopolita es celebrada por unos y lamentada por otros. El debate oscila entre los discursos que propugnan la «asimilación» de los migrantes al proyecto nacional y los que claman su exclusión, propuestos por un impetuoso y creciente movimiento xenófobo (Pred; Schlesinger). En medio se encuentra el discurso multiculturalista liberal que aboga por los derechos sociales, cívicos, políticos y culturales de la pluralidad de grupos provenientes del sur. En ese sentido, es plausible argüir que muchas de las transformaciones institucionales, en particular aquellas ligadas a la redefinición de la identidad nacional, la ciudadanía y la transformación de la relación Estado/sociedad, responden no solo a presiones globales «desde arriba», ligadas a los intereses y dinámicas del capital corporativo global, sino crecientemente a presiones «desde abajo» generadas por la presencia y prácticas de migrantes internacionales y transnacionales.

El aumento del desplazamiento global está produciendo una nueva economía política de identidades nacionales que choca con las definiciones territorialmente delimitadas de ciudadanía (como una institución que regula la membresía exclusiva nacional) y nacionalidad (que identifica una supuesta monocultura homogénea caracterizada por una identidad cultural, radicada en un territorio nacional claramente definido). Estos procesos han llevado a que muchos analistas hablen del surgimiento de una nueva identidad «posnacional» que se antepone a, y hace anacrónica la concepción dominante del nacionalismo y la ciudadanía provenientes del siglo XVIII (Soysal). Otros estiman que estas transformaciones han generado una crisis de la ciudadanía y la emergencia de nuevos tipos de membresía nacional (Castles/Davidson; Fitzgerald; Habermas; Ong; Smith).

Luego de varias décadas de inmigración de millones de trabajadores, con y sin autorización oficial, los Estados europeos empiezan a aceptar renuientemente su nuevo estatus como «países de inmigración», y sociedades multiculturales en formación. La inmigración de trabajadores extracomunitarios —esto es, oriundos de naciones que no son miembros de la Unión Europea— ha transformado a países tales como España, Italia y Portugal, considerados hasta hace poco emisores, en receptores de inmigrantes. Al mismo tiempo, radicales movimientos xenófobos y racistas se levantan cada vez más agresivamente, no ya como movimientos al margen de la sociedad dominante, sino como alternativa electoral legítima en todo el continente (AP; Granaglia; Olson; Pred). En EEUU, entretanto, el debate sobre cómo controlar la creciente inmigración de latinoamericanos, especialmente mexicanos y centroamericanos, crece a niveles no vistos desde el periodo 1850-1930. Paradójicamente, al tiempo que aumentan los debates y acciones oficiales para controlar y expulsar a los inmigrantes indocumentados, el censo decenal de

2000 revela que la población de origen latinoamericano ha llegado, por primera vez, a constituirse en la minoría étnica más numerosa del país a la par con la población afroamericana^[1].

El impacto de la migración global va más allá de las sociedades posindustriales receptoras en Europa y Norteamérica. En efecto, también se manifiesta en la creciente influencia y significancia económica, política y sociocultural de los migrantes en sus propias sociedades de origen. Muchos países emisores han montado intensas campañas de acercamiento hacia sus nacionales en el exterior para promover su lealtad y apoyo a la patria. A diferencia de las campañas nacionalistas de antaño, que promovían el retorno de los migrantes y rechazaban su asimilación a la sociedad receptora, considerándolo una traición a la patria, la nueva posición oficial promueve la «asimilación» de los nacionales al país receptor, al tiempo que intenta mantener su lealtad y vinculación al país de origen. La aprobación unilateral de derechos tales como la doble ciudadanía, y la extensión de algunos servicios del Estado de origen a la población nacional radicada en el exterior, son parte de esta nueva visión. La doble ciudadanía facilita que los migrantes adquieran la estadounidense como parte de su «asimilación» a la sociedad receptora, sin perder sus derechos como miembros de su país de origen. Evidentemente, coadyuva al logro de una mayor estabilidad socioeconómica de los migrantes en el exterior, lo que a su vez asegura un mayor y más estable apoyo a su sociedad de origen –con el envío regular de giros y remesas, como abogados de los intereses del Estado frente a su homólogo en el exterior, como potenciales votantes y simpatizantes de causas partidistas en el país de origen. Estas reformas institucionales y políticas legitiman ante el Estado de origen las prácticas informales que mantienen a una significativa proporción de la población migratoria conectada a través del tiempo y el espacio con sus comunidades y sociedades originarias.

Los cambios institucionales y prácticas transnacionales arriba descritos cuestionan la viabilidad de algunos de los arreglos institucionales internacionales imperantes (es decir, soberanía y jurisdicción del Estado nación limitados al territorio nacional y la ciudadanía y nacionalidad como entidades singulares y exclusivas), los cuales han servido hasta ahora como base del sistema internacional actual. También cuestionan los fundamentos empíricos en los que se sostienen las perspectivas teóricas convencionales de la migración internacional. De hecho, las prácticas transnacionales, tanto institucionales como de base, han dado lugar a una nueva perspectiva teórica de la migración, que ve el proceso migratorio global contemporáneo como la construcción de campos de acción social, política y económica que trascienden fronteras nacionales (Basch et al.; Guarnizo/Smith; Portes et al.). Esta perspectiva contrasta con el modelo analítico dicotómico que domina la teoría ortodoxa de la migración, según la cual los migrantes se clasifican como

inmigrantes si se radican definitivamente en el lugar de destino, o como migrantes temporales o itinerantes si su proceso migratorio presenta continuos desplazamientos entre países de origen y destino. Como veremos más adelante, las implicaciones de una perspectiva transnacional de la migración son significativas no solo en términos de construcción de teoría, sino también de definiciones políticas de Estado.

Desde esta perspectiva, por ejemplo, las aparentes similitudes entre el creciente movimiento migratorio contemporáneo de comienzos del siglo XXI con aquel del siglo XX toman un nuevo viso. Evidentemente, los contextos (globales, de origen y recepción) en los que la migración contemporánea está enraizada son diferentes y los actores involucrados y sus patrones de movilidad son otros. Más específicamente, la interdependencia generada por el nuevo «orden» políticoeconómico global y la presencia de nuevas estructuras institucionales multilaterales de orden mundial (incluyendo la universalización de los derechos humanos y laborales básicos) han investido a los migrantes con particular importancia y protagonismo. Esto se aprecia claramente al examinar de cerca la migración latinoamericana a Europa y Norteamérica.

De la migración latinoamericana al norte

La movilidad espacial de los latinoamericanos y caribeños allende sus fronteras nacionales es tan antigua como los Estados-nación de la región. La composición nacional de los inmigrantes en EEUU cambió radicalmente en el último siglo: de estar compuesta mayoritariamente por gente procedente de Europa (especialmente del sur y este), al cierre del siglo XX la mayoría de los nuevos inmigrantes procedía de Latinoamérica, el Caribe y Asia.

Aunque la movilidad migratoria latinoamericana intrarregional es mayor que la que se enrumba al norte, la creciente importancia y protagonismo de esta última en la vida social, política y económica de los países de origen amerita especial atención. Durante el siglo XX, la inmigración latinoamericana en EEUU pasó de ser proporcionalmente exigua y proveniente casi exclusivamente de México, a convertirse en la mayor población foránea. De hecho, los resultados preliminares del censo 2000 indican que los estadounidenses de origen latinoamericano, o «hispanos» como los identifica la Oficina del Censo (categoría que incluye a descendientes y oriundos de América Latina), constituyen una minoría etnoracial tan grande como la afroamericana –hasta ahora la minoría más numerosa del país. Más significativamente aún, para 2000, los oriundos latinoamericanos sumaban 51% de todos los extranjeros residentes en EEUU, seguidos por los asiáticos con 25,5%, mientras que los europeos, que otrora dominaban el flujo

migratorio, tan solo alcanzaban 15,3% del total (Lollock, p. 1; U.S. Census Bureau).

Con un asombroso crecimiento de 58% desde 1990, mientras que el total de la población creció tan solo 11%, para 2000, los latinos constituían el mayor segmento poblacional en importantes áreas metropolitanas como Los Ángeles y Miami. Por ello no sorprende saber que, de acuerdo con los resultados preliminares del censo 2000, en más de la mitad de las 100 áreas metropolitanas más grandes de EEUU, los blancos son ya una minoría numérica. Sin embargo, el aumento cuantitativo de las minorías no necesariamente indica un aumento de su poder político o ascenso en su estatus social. Por ejemplo, mientras que los inmigrantes latinoamericanos y sus descendientes representan la mayoría o una proporción significativa de la población en muchas localidades, su presencia en la vida pública es en términos generales bastante precaria, y su estatus sigue siendo marginal frente a la sociedad dominante (v. p. ej., Chen).

No obstante, la importancia de la presencia latina en EEUU no radica solamente en el peso de meros cambios demográficos cuantitativos. Efectivamente, su relevancia se expresa en un pujante proceso de «latinización» de varios aspectos de la vida cultural cotidiana estadounidense incluyendo la música, la cocina, los medios, y tal vez más significativamente la popularidad del castellano, que se ha convertido en el segundo idioma más importante del país. Es palpable el incremento en la popularidad de composiciones de origen latinoamericano en los escalafones de música popular y el despliegue del llamado «estilo latino» en las revistas de moda y páginas sociales de la prensa escrita (La Ferla). Las ventas de «salsa», típico condimento de la cocina mexicana, han superado las de ketchup, hasta hace poco la salsa de tomate de mayor consumo en EEUU; entretanto, las «tortillas», componente integral de la dieta mexicana y centroamericana, se han convertido ya en parte de la alimentación cotidiana estadounidense (Halter).

El presidente George W. Bush dejó dramáticamente en claro la importancia ganada por el castellano cuando el 5 de mayo de este año, por primera vez en la historia de EEUU, el tradicional discurso presidencial de los sábados fue pronunciado en castellano e inglés. Asimismo, en estados con alta presencia latina, como California y Texas, las campañas electorales estatales y locales son ahora usualmente debatidas en los dos idiomas. La popularidad del castellano en el discurso público estadounidense sugiere la creciente relevancia de los latinos y apunta a su posible empoderamiento político nacional, al menos como bloque electoral significativo en áreas en donde las elecciones se deciden usualmente por escaso margen.

Pero estas ganancias en el terreno simbólico cultural y político son bastante desiguales y presentan una peculiar dialéctica. De cualquier manera, no pueden interpretarse como si la presencia latinoamericana en EEUU fuese bienvenida uniformemente, o como si la participación y representación política y social de los latinos estuviera libre de obstáculos. Por el contrario, la basta mayoría de los inmigrantes latinoamericanos aún enfrenta constantes barreras en su vida cotidiana en el mercado laboral y residencial, en el sistema educativo y político, ante el sistema financiero y el régimen de justicia. Dichos obstáculos se reflejan en indicadores tales como tasas de desempleo y pobreza más altas que las observadas entre la población de origen europeo y asiático y muy similares a las de la población afroamericana —el segmento más explotado y discriminado de la población estadounidense. Asimismo los latinos están sobrerrepresentados entre la población carcelaria y los desertores escolares, claros indicadores de desadaptación y marginalización social. Aunque estos indicadores varían significativamente por nacionalidad, ciertamente producen una visión menos optimista que se antepone a la aparente aceptación general de la cultura latina por parte de la sociedad estadounidense.

De hecho, múltiples iniciativas legislativas excluyentes (algunas ya aprobadas, otras derrotadas por voto popular y otras más en proceso de ser sometidas a consideración) han sido introducidas en los últimos 10 años en los ámbitos local, estatal y nacional de la unión. Por ejemplo, en 1994 el electorado californiano votó, con un margen de tres a dos, a favor de la Proposición 187, una iniciativa que prohíbe el acceso de los inmigrantes indocumentados (la mayoría de los cuales son mexicanos y centroamericanos) a los servicios sociales del Estado, incluyendo la educación pública, todos los servicios médicos de no emergencia y la atención prenatal. Además, esta reforma obliga a todas las instituciones de educación y salud a reportar al servicio de inmigración federal a las personas indocumentadas que soliciten sus servicios (Smith/ Tarallo).

Desde 1994, otras varias iniciativas que erosionan los derechos adquiridos por los inmigrantes documentados e indocumentados han sido adoptadas tanto en la esfera estatal como federal. Solo en California, el estado con la mayor proporción de inmigrantes de todo el país, se han aprobado reformas que buscan la abolición de la educación bilingüe pública (Proposición 227 diseñada principalmente en contra de la enseñanza del español) y la eliminación de la acción afirmativa (Proposición 209), introducida para remediar los efectos de, y sancionar la discriminación contra las minorías etnoraciales y las mujeres en la vida social, económica y política. La reforma de las leyes federales de inmigración aprobada en 1996 por el Congreso estadounidense y firmada por el entonces presidente Bill Clinton, refleja las medidas restriccionistas y excluyentes de la Proposición 187. Hasta a las nuevas reformas federales del

sistema de bienestar (welfare) y de seguridad nacional se les han agregado cláusulas antiinmigrantes[2]. Paradójicamente, esta ola antiinmigrante ha servido para despertar y movilizar a la población latina. En California, por ejemplo, por primera vez en más de un siglo, la presencia latina, fundamentalmente de origen mexicano, empezó a materializarse como fuerza política en el periodo pos-Proposición 187. Desde entonces, las tasas de naturalización entre los mexicanos y otros latinoamericanos se disparó y su participación electoral llevó a varios de ellos a cuerpos colegiados y otras posiciones de elección popular, no solo a escala local sino estatal. Políticos de origen latino (en su mayoría hijos de inmigrantes) y varios representantes y funcionarios nacidos en Centroamérica y México ocupan desde finales de los años 90 la vicegubernatura de California, así como influyentes posiciones en la asamblea y senado estatales.

En EEUU, la mayoría de la población oriunda de Latinoamérica y sus descendientes es de origen mexicano. Según datos de la Oficina del Censo de EEUU (2000), de los 35,3 millones de «hispanos» que se estima residían en el país a finales de los años 90, 23,3 millones (66%) eran de origen mexicano –seguidos por los puertorriqueños (9%), los centroamericanos (6,4%) y los cubanos (4%). Para 2000, tres de cada 10 personas de origen mexicano habían nacido en México, 15% de las cuales eran para entonces ciudadanos y ciudadanas norteamericanos/as naturalizados/as. En general la población latina de EEUU es más joven que la población total del país, pero posee niveles de escolaridad, ocupacionales y de ingresos más bajos que los de los no latinos. Sin embargo, se aprecian substanciales diferencias sociodemográficas no solo entre grupos nacionales, sino también dentro de los inmigrantes del mismo país de origen. Así por ejemplo, mientras que inmigrantes salvadoreños, dominicanos y mexicanos son en promedio personas con bajos niveles educativos, de ingresos, y con altas tasas de desempleo y pobreza en relación con la población nacional, los cubanos, colombianos y argentinos exhiben indicadores medios de escolaridad, ocupacionales y de ingresos muy similares a los de la sociedad dominante.

Por otra parte, en el interior de los grupos nacionales se observan diferencias sociales que parecen reproducir la heterogeneidad socioeconómica, cultural y regional de sus países de origen. Por ejemplo, aunque la mayoría de los inmigrantes mexicanos tiende a acercarse al perfil del grupo, una cantidad creciente de ellos son profesionales universitarios, inversionistas privados y pequeños y medianos empresarios que generan empleo para sus compatriotas y otros migrantes del sur del continente. De igual manera, dentro del afluente y políticamente poderoso colectivo cubano se desenvuelven severas y crecientes divisiones socioeconómicas, políticas y raciales. Las divisiones en el interior de los colectivos de inmigrantes son usualmente importadas y reproducidas por

los inmigrantes mismos y se suman a las divisiones entre diversas nacionalidades. En tal sentido, la heterogeneidad y fragmentación intra e intergrupala entre los latinoamericanos explica en parte su falta de poder político en tanto grupo, a pesar de ser percibidos como un colectivo cultural, racial y socialmente homogéneo.

En Europa, entre tanto, la presencia latinoamericana, que hasta hace poco era bastante exigua, se hace cada vez más considerable tanto en cruces fronterizos como en el mercado laboral y la vida sociocultural y política de países tales como España, Italia, Inglaterra, y en menor medida Francia y los Países Bajos. Aunque su tamaño es aún proporcionalmente reducido en relación con la población foránea total, las tasas de crecimiento de algunos colectivos latinoamericanos alcanzan los dos dígitos. A diferencia de EEUU, la vasta mayoría de los latinoamericanos en Europa proviene de Suramérica. Los suramericanos, por ejemplo, sumaban 71% de todos los inmigrantes latinoamericanos en la península ibérica en 2000. Los colectivos de tan solo tres países, Colombia, Ecuador y Perú, contribuían entonces con casi la mitad (45%) del total latinoamericano y casi dos terceras partes del total suramericano en la península (v. figura 3). Resultados similares arrojan datos demográficos italianos y británicos.

España es indudablemente el destino preferido de los latinoamericanos, no solo por las conexiones culturales emanadas del poder colonial español en el continente americano, sino también por el régimen migratorio y las relaciones bilaterales establecidas por el Estado español con sus homólogos latinoamericanos, las cuales hasta hace poco eximían a la mayoría de los latinoamericanos de visado de entrada[3]. En España, de acuerdo con estimados oficiales, la población extranjera procedente de Latinoamérica representaba 16% del casi medio millón de extranjeros residentes en el país en 1990. Diez años más tarde, los latinoamericanos sumaban ya 20% del total (Colectivo Ioé).

Este crecimiento se debe al aumento de unos pocos colectivos que han crecido a pasos agigantados especialmente durante la segunda mitad de la década pasada. Por ejemplo, el número de dominicanos y peruanos oficialmente registrados en el país se duplicó entre 1995 y 2000. Entretanto, la población colombiana en la península se cuadruplicó y la ecuatoriana aumentó 16 veces en el mismo periodo. Toda vez que la presencia de indocumentados parece haber aumentado también ostensiblemente, es muy probable que estas abrumadoras tasas de crecimiento sean realmente aun mayores. Tendencias de crecimiento similares se han observado en otros países europeos, por ejemplo Inglaterra, en donde la población colombiana y peruana, en particular, presenta tasas de crecimiento considerables.

De la geografía de la migración

Sin duda EEUU se ha erigido en el destino preferido de los latinoamericanos desde la segunda mitad del siglo XX. La presencia de comunidades de compatriotas en ciertas localidades constituye un imán que guía el destino y asentamiento de los recién llegados. Es evidente que la geografía de la migración en EEUU, aunque cambiante, presenta patrones bien definidos.

Más específicamente, se observan tendencias tanto de dispersión como de concentración entre los inmigrantes latinoamericanos. Los suramericanos y los caribeños hispanohablantes tienden a concentrarse en la costa este del país[4]. Los centroamericanos y mexicanos, por su parte, tienden a hacerlo en la región suroeste (California, Arizona, Nuevo México y Texas), esto es, en parte del territorio que hasta 1848 perteneció a la república mexicana. Específicamente, mientras los cubanos están asentados mayoritariamente en el sur de la Florida (64%), la mayoría de los dominicanos vive en el estado de Nueva York (69%). Entretanto, seis de cada 10 salvadoreños viven en California, en donde también reside casi la mitad de todos los inmigrantes nacidos en México (45%).

Sin embargo, el último censo de EEUU sugiere el surgimiento de un proceso de dispersión de la población latinoamericana en general y mexicana en particular a través de todo el territorio nacional. La presencia mexicana en Nueva York y estados del medio oeste y la costa oeste, por ejemplo, ha aumentado a ritmo acelerado desde finales de los años 80. Jalonada por el activo reclutamiento laboral adelantado por la industria cárnica y avícola, entre otras, nuevos asentamientos de inmigrantes mexicanos han surgido en estados tales como Nebraska, Utah, Carolina del Sur y Georgia. De igual manera, el proceso de desindustrialización del noreste norteamericano y el traslado de firmas al sur del país, especialmente agudizado en la última década, han causado un reflujo migratorio norte-sur en busca de mejores empleos.

Los latinos son ante todo, residentes urbanos. Casi dos terceras partes viven en zonas urbanas centrales, lo que contrasta con el patrón de asentamiento dominante entre la población nativa estadounidense, una cuarta parte de la cual vive en centros urbanos (Lollock). Esta preferencia residencial no es sorprendente, pues las áreas urbanas centrales con frecuencia ofrecen fácil acceso a vivienda de bajo costo, medios de transporte masivo y fuentes de empleo que usualmente ocupan mano de obra inmigrante, tales como la industrial ligera (es decir, confección de ropa) y el sector de servicios. Este patrón de asentamiento residencial parece repetirse en los países de destino en Europa.

El único grupo latinoamericano que exhibe una alta y significativa presencia tanto en EEUU como en el Viejo Continente son los dominicanos. En efecto,

ellos representan uno de los grupos de más rápido crecimiento y concentración tanto en Norteamérica como en Europa –especialmente en España y secundariamente en Italia y los Países Bajos. La República Dominicana constituye la tercera fuente de inmigrantes latinoamericanos en EEUU. Allí, cerca de las dos terceras partes residen en el área metropolitana del gran Nueva York, la cual incluye la ciudad de Nueva York y varios condados en el sur del estado de Connecticut y el noreste de Nueva Jersey. La migración dominicana en Europa es fundamentalmente femenina.

En España, las dominicanas se concentran en el área metropolitana de Madrid y en menor escala en Barcelona, y hasta hace poco constituían el mayor grupo latinoamericano en la península (Sørensen). El agravamiento de las condiciones sociales, económicas y políticas en Colombia, Ecuador y Perú ha disparado el flujo migratorio desde estos países, y ha desplazado a las dominicanas.

Al igual que la migración dominicana, la población suramericana que se dirige a Europa tiende a estar formada por aquellos para quienes las puertas estadounidenses no se abrieron y también tiende a ser mayoritariamente femenina. Las peruanas, al igual que las dominicanas, también se dirigen preferencialmente al servicio doméstico tanto en España como en Italia.

Por su parte, el flujo de ecuatorianos es mayoritariamente masculino y está compuesto por trabajadores del campo que se dirigen casi que exclusivamente al sector agrícola español. Este patrón contrasta con el seguido por sus compatriotas en Norteamérica, quienes tienden a incorporarse principalmente en el sector servicios en Nueva York (Kyle). Los colombianos que han partido de su país provienen en general de una posición de clase media, entre ellos es significativa la presencia de profesionales universitarios y pequeños y medianos empresarios.

Los casos colombiano y peruano, a pesar de profundas diferencias en su composición social, presentan patrones migratorios similares. En ambos el recrudecimiento de una cruenta guerra civil parece haber sido el mayor factor expulsor de población tanto dentro del país (desplazados internos) como hacia el exterior (migrantes y refugiados internacionales). En el caso peruano, el proceso despegó durante la década de los 80, mientras que el colombiano recién arrancó la década pasada. De todas maneras, a la emigración inicial, formada fundamentalmente por sectores relativamente pudientes de profesionales y pequeños y medianos empresarios, prontamente se unieron otros sectores de la sociedad. Estos desplazamientos masivos ya suman varios millones de emigrantes. De acuerdo con cifras oficiales del gobierno colombiano, tan solo en los pasados tres años cerca de un millón de nacionales

abandonó el país. Los destinos preferidos hasta ahora han sido EEUU, otros países latinoamericanos (incluyendo Bolivia, Ecuador, Chile, México y la República Dominicana) y Europa (especialmente España, Inglaterra, Francia e Italia). A medida que se cierran las puertas en Norteamérica y en Europa, las alternativas para los nuevos emigrantes parecen reducirse a la región latinoamericana.

Independientemente de adónde se dirijan, los migrantes latinoamericanos tienden a mantener lazos con sus comunidades y sociedades de origen. Los tipos, intensidad, y alcance de esos lazos transnacionales son bastante diversos y significativos para el país de origen y merecen especial atención.

De las prácticas transnacionales de los migrantes y sus implicaciones

Las relaciones transnacionales generadas por los migrantes pueden ser económicas, políticas y socioculturales. Limitaciones de espacio impiden una detallada elaboración sobre cada una de ellas. A continuación presento una sucinta revista de las dos primeras, lo que de ninguna manera sugiere que las relaciones socioculturales transfronterizas sean menos importantes o significativas.

Quizá una de las más visibles conexiones transnacionales que los emigrantes mantienen con sus lugares de origen son las remesas familiares —esto es, las transferencias de parte de su ingreso para cubrir necesidades de familiares y amigos en los lugares de origen. En este sentido, esas remesas representan un fuerte compromiso filial con sus seres queridos. En algunos casos los migrantes también se organizan en el exterior para contribuir monetariamente a la implementación de proyectos de desarrollo local. Esas transferencias comunitarias significan no solo una importante inyección económica para las comunidades emisoras, sino también fuente de estatus y prestigio de los migrantes involucrados; expresión de compromisos y obligaciones personales e íntimas, resultan ser una de las más importantes consecuencias macroeconómicas de la migración a escala agregada.

El volumen y regularidad de las transferencias monetarias de los migrantes se han convertido en la fuente principal de divisas de muchos países de emigración como El Salvador y la República Dominicana, superando las entradas por concepto de exportaciones tradicionales (Dore et al.; Itzigsohn et al.; Landolt et al.).

Asimismo, las transferencias que los mexicanos en EEUU envían a sus familiares, amigos y comunidades de origen se constituyen en la tercera fuente de divisas de la economía mexicana, superando los ingresos por exportaciones agrícolas. De hecho, el Banco Mundial ha catalogado las remesas generadas

por la migración global como una de las más importantes actividades comerciales privadas de la economía mundial, alcanzando alrededor de 78.000 millones de dólares al año (cifra oficial que subestima el monto de las transferencias enviadas a través de canales fuera del control del Estado). En otras palabras, las remesas constituyen un factor crítico en la estabilidad macroeconómica de muchos países emisores de migrantes, y una suerte de subsidio que ha permitido la financiación de muchas de las reformas neoliberales impuestas por organizaciones financieras multilaterales en los países latinoamericanos.

En el terreno político, la importancia de los migrantes en el devenir de sus localidades y sociedades de origen parece también crecer rápidamente por varias razones. En primer lugar, para el establecimiento político tradicional de países tales como la República Dominicana, El Salvador y Colombia, los nacionales residentes en el exterior constituyen un segmento de la población atractivo para sus intereses: a) como fuente de apoyo financiero para sus actividades partidistas electorales; b) como posibles agentes políticos que pueden influir en la conducta electoral de sus familiares y allegados en contiendas políticas locales y nacionales; y c) como potenciales abogados de los intereses y causas gubernamentales ante el gobierno estadounidense.

Por ejemplo, las contribuciones de los migrantes dominicanos en EEUU suman 15% del total recolectado por los partidos políticos dominicanos más importantes para financiar sus campañas (Graham). Por otra parte, dado su prestigio y estatus entre familiares y amigos en sus comunidades de origen, los migrantes desempeñan un significativo papel en el devenir político de las mismas, aun en los casos en que no tienen el derecho de participar en los comicios electorales en sus países de origen desde el exterior.

Efectivamente, no es raro que los migrantes sean cortejados por políticos nacionales de visita en el exterior para ganar su apoyo e influenciar a sus coterráneos a larga distancia. En las pasadas elecciones presidenciales mexicanas, los candidatos de la oposición hicieron repetidos periplos para ganar las simpatías de sus paisanos en EEUU. Uno de los más eficientes en dicha tarea fue precisamente el presidente de México, Vicente Fox Quesada.

Otro canal de influencia política usado desde afuera por los migrantes son las organizaciones de base de apoyo comunitario. Las más conocidas son las organizaciones de pueblo, formadas por oriundos de la misma localidad que unen esfuerzos para apoyar a sus comunidades de origen. La construcción de obras de infraestructura (hospitales, acueductos, carreteras, iluminación pública), de embellecimiento (parques y plazas públicas), de desarrollo social (becas educativas, programas de salud) y de desarrollo económico (como en el

caso de la creación de industrias para generar empleo) conforman el repertorio de acciones que los migrantes usualmente emprenden desde el exterior.

Sus efectos políticos no pueden ser subestimados, pues de hecho afectan las estructuras de poder imperantes en sus localidades de origen. Su potencial de cambio y capacidad de formar regímenes de poder más incluyentes y democráticos son significativos. Sin embargo, en no pocas ocasiones dicho potencial acaba siendo cooptado por las elites dominantes, que terminan incorporando el liderazgo migrante a los círculos de poder imperante. Empero, el potencial de transformación de esos esfuerzos transnacionales de base debe tenerse en cuenta en cualquier proceso de cambio y transformación en el ámbito local.

Es precisamente en este terreno en donde el significado cotidiano y práctico de la ciudadanía y el nacionalismo cuestiona la connotación tradicional imperante, particularmente cuando estas acciones transnacionales son emprendidas por migrantes que poseen doble membresía ciudadana. El constante empeño de los migrantes transnacionales en el desarrollo y devenir de sus localidades de origen, mientras mantienen un compromiso residencial y de presencia política (electoral y no electoral) en el país de residencia, ciertamente nos hace pensar que la concepción de la ciudadanía como institución que regula la membresía en una sola sociedad civil no se ajusta a esta nascente realidad. Esta contradicción se hace más intensa cuando miramos la relación entre los doble ciudadanos transnacionales con el Estado nacional en los países implicados: especialmente si recordamos que en el actual sistema global se entiende el poder estatal como limitado a una bien delimitada jurisdicción territorial nacional y sobre una población que supuestamente profesa lealtad única y exclusiva a un solo Estado-nación.

Esta dificultad de mantener el control sobre su población residente en el exterior, pero activamente vinculada al país, se hace más clara cuando miramos algunos de los aspectos negativos de las prácticas transnacionales. Una de las dimensiones más difíciles de manejar en el terreno de las relaciones de base es la vinculada a la situación de la juventud, especialmente a los jóvenes involucrados o en peligro de caer en actividades ilícitas. Las condiciones de la vida urbana a que están expuestos muchos hijos de migrantes en las metrópolis norteamericanas y europeas han generado el desolador espectro de las pandillas juveniles, la drogadicción y la violencia entre la juventud. Una de las armas más comunes a la que han recurrido las autoridades

europeas y estadounidenses es la deportación de jóvenes delincuentes. En otros casos, cada vez menos excepcionales, los padres mismos recurren a esa estrategia como mecanismo preventivo para salvar a sus hijos de los malévolos

efectos de la vida urbana del norte. Sin embargo, muchos de esos jóvenes se socializaron en el exterior y no tienen mayor conocimiento sociolingüístico de sus países «de origen».

Las consecuencias de esta «solución» usualmente resultan peores que el mal que pretenden curar. Una de ellas es la transnacionalización de prácticas delincuenciales tales como la expansión transfronteriza de las pandillas juveniles, el tráfico de drogas y personas jóvenes reclutadas en los países de origen para nutrir pandillas en EEUU. El hecho de que muchos de los protagonistas de este proceso sean ciudadanos extranjeros que terminan viviendo en contra de su voluntad en el país de origen de sus padres, acarrea complejas consecuencias en relación con la violación de sus derechos humanos y ciudadanos y la imposibilidad práctica de reparación legal y solución social de su predicamento. El estudio de y la atención a esta situación, y a las circunstancias generales de la segunda generación (esto es, de los hijos de los migrantes), se erigen como una de las más importantes tareas que deben abordar sin demora los países implicados en el proceso migratorio transnacional.

A manera de conclusión

La información sociodemográfica y etnográfica disponible a la fecha sobre los latinoamericanos residentes en Europa y en Norteamérica presenta contrastes interesantes que hablan del enraizamiento estructural de la migración global y de las nacientes formaciones sociales transnacionales. A pesar del aumento de la emigración de latinoamericanos hacia Europa, EEUU

continúa siendo para ellos el pináculo de lo que parece ser una jerarquía migratoria global. Estados Unidos, primera potencia política, militar y económica del globo y poder hegemónico en el hemisferio americano, es indudablemente el destino favorito del grueso de la migración latinoamericana. Sin embargo, las últimas reformas a las leyes de inmigración y el espíritu antiinmigrante que permea mucho del discurso público estadounidense han forzado a muchos migrantes potenciales a reorientar sus rumbos a países con menos trabas de entrada. Hasta el pasado 1º de abril, por ejemplo, España, Italia, Australia y Alemania no pedían visado a los visitantes colombianos y ecuatorianos.

Sin embargo, el aumento del número de colombianos huyendo de la devastadora violencia que azota a su país, y de ecuatorianos tratando de escapar de la profunda crisis política y económica en que está sumido el Ecuador, llevó a la UE a imponer el visado a todos los países latinoamericanos. Las consecuencias de este cierre fronterizo de cara al empeoramiento de la situación en el sur, presagia el aumento de la migración irregular al norte y la

reorientación del flujo hacia los países menos inestables de la región, tales como México, Costa Rica y Chile. Estos disímiles procesos (en su composición social, nacional y direccionalidad) son novedosos en términos históricos por su volumen, escala y prácticas transfronterizas. El estudio y entendimiento de sus consecuencias para las naciones involucradas recién comienza. Aún están por ser comprendidas tanto en su especificidad cotidiana, como en sus implicaciones teóricas y prácticas. En este último terreno, ocupan especial interés sus implicaciones para nuestro entendimiento sociológico y político de la migración como fenómeno global, y en particular de su efecto sobre instituciones tales como la ciudadanía, la identidad nacional y la definición de sociedad y Estado-nación (quién pertenece, quién no, y bajo qué criterios y circunstancias) en un mundo globalizado.

Estos múltiples y crecientes patrones migratorios desde Latinoamérica reflejan en parte el desajuste y malestar que muchas sociedades confrontan en su afán de acomodarse al nuevo «orden» global. El progresivo desplazamiento de profesionales universitarios, empresarios y trabajadores no calificados hacia el norte próspero son parte del costo social que esas sociedades están pagando por su entrada al selecto club de países guiados por la doctrina neoliberal. Los movimientos migratorios se enraizan en complejos sistemas de redes sociales (que promueven la reproducción y mantenimiento de la migración de manera selectiva y socialmente normatizada), marcos sociales y económicos en los lugares de origen (históricamente formados en relación con condiciones de vida local y sus conexiones con los lugares de destino) y los contextos de recepción (incluyendo las políticas migratorias del Estado, la percepción de los migrantes por parte de la sociedad dominante y el apoyo que la comunidad connacional brinde a los recién llegados).

Este enraizamiento explica no solo los diversos modos de incorporación laboral y social de los migrantes en los países de destino, sino también su composición sociocultural, origen regional, destino nacional y distribución geográfica en el país de arribo. Los intereses de los Estados de origen en sus nacionales residenciados en el exterior, y los de los migrantes mismos en el mantenimiento de sus lazos y relaciones con el país de origen, antes que desvanecerse, parecen estar fortaleciéndose. El capitalismo global ha apurado la institucionalización de esos intereses transfronterizos mutuos y la revolución tecnológica en los medios de transporte y comunicación facilita su realización. Esto sugiere que el análisis del proceso de «asimilación» de los migrantes a los países de destino (es decir, «americanización» en EEUU) debe considerar su identidad transnacional y sus conexiones con el país de origen. A su vez, cualquier intento por parte del Estado de origen para promover su incorporación formal y activa en la sociedad nacional originaria debe tener cuidadosa cuenta de las conexiones (prácticas y simbólicas) que los migrantes

han edificado con las sociedades receptoras. La concepción antigua de la ciudadanía e identidad nacional imperante desde el siglo XVIII debe ser revisada. Las formaciones sociales transnacionales compuestas por complejas matrices culturales, económicas, políticas y sociales que incorporan a más de una jurisdicción nacional, empujadas por procesos originados por las prácticas de migrantes contemporáneos, parecen estar en alza. Las lealtades múltiples que los migrantes mantienen no son necesariamente incompatibles con la participación y membresía en más de un Estado-nación, en más de una sociedad, y no pueden ser erradicadas o sancionadas a través de acciones legales o campañas xenófobas.

Bibliografía

Anthias, Floya y Gabriela Lazaridis (eds.): *Gender and Migration in Southern Europe: Women on the Move*, Berg Publishers, Oxford, 2000.

Associated Press (AP): «Austrian far-right leader visits Paris after electoral triumph», 13/10/99, París, http://cnm.com/world/europe/9910/13/BC_France_Austria.ap/

Basch, Linda, Nina Glick Schiller y Cristina Szanton Blanc: *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments and the Deterritorialized Nation-State*, Gordon and Breach Publishers, Nueva York, 1994.

Castles, Stephen y Alistair Davidson: *Citizenship and Migration: Globalization and the Politics of Belonging*, Routledge, Nueva York, 2000.

Castles, Stephen y Mark J. Miller: *The Age of Migration: International Population Movements in the Modern World*, The Guilford Press, Nueva York, 1998.

Chen, David W.: «Hispanics Alter a Village's Veneer. A Population on the Rise, With Assimilation Issues to Match», *The New York Times*, 16/4/01, p. A18.

Cohen, Robin: *Global Diasporas: An Introduction*, University of Washington Press, Seattle, 1997.

Colectivo Ioé: «Residentes extranjeros en España», información no publicada; comunicación personal, enero de 2001.

Dore, Carlos, Fátima Portorreal, Rafael Durán, Claudia Scholz y Esther Hernández: *Transnational Communities: Their Causes and Effects among Latin American Immigrants in the US*» en Informe República Dominicana, Flacso

Santo Domingo / Johns Hopkins University / University of California Davis, marzo de 1997.

Fitzgerald, David: «Negotiating Extra-Territorial Citizenship. Mexican Migration and the Transnational Politics of Community» en CCIS Monograph Series N° 2, University of California, San Diego, 2000.

Fukuyama, Francis: *The End of History and the Last Man*, The Free Press, Nueva York, 1992.

Graham, Pamela M.: «Reimagining the Nation and Defining the District: Dominican Migration and Transnational Politics» en Patricia Pessar (ed.): *Caribbean Circuits: New Directions in the Study of Caribbean Migration*, Center for Migration Studies, Nueva York, 1997, pp. 91-126.

Granaglia, Elena: *I Dilemmi della immigrazione: questioni etiche, economiche e sociali*, Franco Angeli, Milano, 1993.

Guarnizo, Luis Eduardo: «Los Dominicanyorks: The Making of a Binational Society» en *The Annals of the American Academy of Social and Political Science* vol. 533, 5/1994, pp. 70-86.

Guarnizo, Luis Eduardo y Michael Peter Smith: «The Locations of Transnationalism» en M.P. Smith y L.E. Guarnizo (eds.): *Transnationalism from Below*, Transaction Publishers, New Brunswick, 1994, pp. 3-34.

Habermas, Jürgen: «Citizenship and National Identity: Some Reflections on the Future of Europe» en Ronald Beiner (comp.): *Theorizing Citizenship*, State University of New York Press, Albany, 1995, pp. 255-281.

Halter, Marylin: *Shopping for Identity: The Marketing of Ethnicity*, Schocken Books, Nueva York, 2000.

Itzigsohn, José, Carlos Dore, Esther Hernández y Obed Vázquez: «Mapping Dominican Transnationalism: Narrow and Broad Transnational Practices» en *Ethnic and Racial Studies* vol. 22(2), 1999, pp. 316-339.

Kyle, David: *Transnational Peasant: Migrations, Networks, and Ethnicity in Andean Ecuador*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2000.

La Ferla, Ruth: «Latino Style Is Cool. Oh, All Right: It's Hot», *The New York Times*, 15/4/01.

Landolt, Patricia, Lilian Autler y Sonia Baires: «From Hermano Lejano to Hermano Mayor: The Dialectics of Salvadoran Transnationalism» en *Ethnic and Racial Studies* vol. 22(2), 1999, pp. 290-315.

Lollock, Lisa: «The Foreign-Born Population in the United States - March 2000», *Current Population Reports*, P20-534, U.S. Census Bureau, Washington, D.C., enero de 2000.

Miles, Robert y Dietrich Thränhardt (eds.): *Migration and European Integration: The Dynamics of Inclusion and Exclusion*, Pinter Publishers and Fairleigh Dickinson University Press, Londres, 1995.

Olson, Elizabeth: «Right-Wing Party Leads in Swiss Elections», *The New York Times*, 25/10/99.

Ong, Aihwa: *Flexible Citizenship*, Duke University Press, Durham, 1999.

Ong, Aihwa y Donald M. Nonini (comps.): *Ungrounded Empires: The Cultural Politics of Modern Chinese Transnationalism*, Routledge, Nueva York, 1997.

Portes, Alejandro, Luis Eduardo Guarnizo y Patricia Landolt: «The Study of Transnationalism: Pitfalls and Promise of an Emergent Research Field» en *Ethnic and Racial Studies* vol. 22(2), pp. 217-237, 1999.

Portes, Alejandro y Rubén G. Rumbaut: *Immigrant America: A Portrait*, University of California Press, Berkeley, 1996.

Portes, Alejandro y Rubén G. Rumbaut: *Legacies: The Story of the Immigrant Second Generation*, University of California Press / Russell Sage Foundation, Berkeley - Nueva York, 2001.

Pred, Allan: *Even in Sweden: Racisms, Racialized Spaces, and the Popular Geographical Imagination*, University of California Press, Berkeley, 2000.

Schlesinger, Jr., Arthur M.: *The Disuniting of America: Reflections on a Multicultural Society*, W.W. Norton & Company, Nueva York, 1992.

Smith, Michael Peter: «Transnationalism and Citizenship», Department of Human and Community Development, University of California, Davis, inédito.

Smith, Michael P. y Bernadette Tarallo: «Proposition 187: Global Trend or Local Narrative? Explaining Anti-immigrant Politics in California, Arizona and Texas» en *International Journal of Urban and Regional Research*, 19(4), pp. 664-676, 1996.

Sørensen, Ninna Nyberg: «Narrating Identity Across Dominican Worlds» en M.P. Smith y L.E. Guarnizo (eds.): *Transnationalism from Below*,..., cit.

Soysal, Yasemin Nuholu: *Limits of Citizenship: Migrants and Postnational Membership in Europe*, The University of Chicago Press, Chicago, 1994.

U.S. Census Bureau, 2001.

[1] Minoría se usa aquí en sentido sociológico: un grupo minoritario es aquel que es marginal en términos de su acceso al poder. En sentido general, son grupos sociales oprimidos, discriminados y estigmatizados debido a su composición etnoracial, sociocultural, u otra característica que el grupo dominante concibe como inferior, dañina o peligrosa. Un grupo minoritario puede entonces ser numéricamente mayoritario, pero política y socialmente minoritario, como el caso de la población negra en Suráfrica, o indígena en Guatemala.

[2] Cláusulas antiinmigrantes han sido incorporadas a iniciativas legislativas sobre reforma al sistema de bienestar social y de seguridad nacional. Las nuevas reformas federales al sistema de bienestar excluyen a los inmigrantes documentados de muchos programas a los cuales tenían acceso hasta 1996. Por otra parte, el Acto Legislativo Federal Antiterrorista y de Pena de Muerte Efectiva de 1996 facilita la deportación de inmigrantes documentados e indocumentados que hayan sido acusados de cometer un delito, independientemente de cuándo y qué tan serio fue ese delito. Este acto también elimina el derecho a solicitar exención de deportación. Tan laxa definición ha resultado en la expulsión inmediata de inmigrantes documentados que han residido por largo tiempo en el país y fueron acusados hace muchos años por delitos no violentos.

[3] Por decisión de la UE este tratamiento preferencial fue eliminado a partir del 1º de abril de 2001.

[4] La migración desde Puerto Rico no se incluye aquí porque los puertorriqueños no son considerados extranjeros en EEUU y poseen pasaporte estadounidense.